

Reportaje

Habilidades del facilitador en el acompañamiento en el duelo **Psic. Sergio Armando Miramontes Pinedo**

A propósito de la necesidad de legitimidad para desarrollar el papel de facilitador en el acompañamiento del duelo, quiero recordar una leyenda (ya se sabe que las leyendas están más cerca de la verdad que muchas páginas de historia “documentada”).

Cuentan las crónicas, que en tiempos de las cruzadas había en Normandía un antiguo monasterio regido por una abadesa de gran sabiduría. Cientos de monjas oraban, trabajaban y servían a Dios llevando una vida austera, silenciosa y observante.

Un día, el obispo del lugar acudió al monasterio a pedir a la abadesa que destinara a una de las monjas predicar en la comarca.

La abadesa reunió al consejo y, después de larga reflexión y consulta, decidió preparar para tal misión a la hermana Clara, una joven novicia llena de virtud, de inteligencia y de otras singulares cualidades. La madre abadesa la envió a estudiar, y la hermana Clara pasó largos años en la biblioteca del monasterio descifrando viejos códices y adueñándose de su secreta ciencia. Fue discípula aventajada de sabios monjes y monjas de otros monasterios que habían dedicado toda su vida al estudio de la teología. Cuando acabó sus estudios, conocía los clásicos, podía leer la Escritura en sus lenguas originales, estaba familiarizada con la Patrística y dominaba la tradición teológica medieval. Predicó en el refectorio sobre las "procesiones" intra-trinitarias, y las monjas bendijeron a Dios por la erudición de sus conocimientos y la unción de sus palabras.

Fue a arrodillarse ante la abadesa: "¿Puedo ir ya, reverenda Madre?". La anciana abadesa la miró como si leyera en su interior: en la mente de la hermana Clara había demasiadas respuestas. "Todavía no, hija, todavía no...". La envió a la huerta, donde trabajó de sol a sol, soportó las heladas del invierno y los ardores del estío, arrancó piedras y zarzas, cuidó una a una las cepas del viñedo, aprendió a esperar el crecimiento de las semillas y a reconocer, por la subida de la savia, cuándo había llegado el momento de podar los castaños...

Adquirió otra clase de sabiduría; pero aún no era suficiente. La madre abadesa la envió luego a hacer de tornera. Día tras día escuchó, oculta detrás del torno, los problemas de los campesinos y el clamor de sus quejas por la dura servidumbre que les imponía el señor del castillo. Oyó rumores de revueltas y alentó a los que se sublevaban contra tanta injusticia.

La abadesa la llamó: la hermana Clara tenía fuego en las entrañas y los ojos llenos de preguntas. "No es tiempo aún, hija mía...". La envió después a recorrer los caminos con una familia de saltimbanquis. Vivía en el carromato, les ayudaba a montar su tablado en las plazas de los pueblos, comía moras y fresas silvestres y a veces tenía que dormir al raso, bajo las estrellas. Aprendió a contar acertijos, a hacer títeres y a recitar romances, como los juglares.

Cuando regresó al monasterio, llevaba consigo canciones en los labios y reía como los niños. "¿Puedo ir ya a predicar, Madre?". "Aún no, hija mía. Vaya a orar".

La hermana Clara pasó largo tiempo en una solitaria ermita en el monte. Cuando volvió, llevaba el alma transfigurada y llena de silencio. "¿Ha llegado ya el momento, Madre?". No, no había llegado. Se había declarado una epidemia de peste en el país, y la hermana Clara fue enviada a cuidar de los apestados. Veló durante noches enteras a los enfermos, lloró amargamente al enterrar a muchos y se sumergió en el misterio de la vida y de la muerte.

Cuando remitió la peste, ella misma cayó enferma de tristeza y agotamiento y fue cuidada por una familia de la aldea. Aprendió a ser débil y a sentirse pequeña, se dejó querer y recobró la paz. Cuando regresó al monasterio, la Madre abadesa la miró gravemente: la encontró más humana, más vulnerable. Tenía la mirada serena y el corazón lleno de nombres.

"Ahora sí, hija mía, ahora sí". La acompañó hasta el gran portón del monasterio, y allí la bendijo imponiéndole las manos.

Y mientras las campanas tocaban para el Ángelus, la hermana Clara echó a andar hacia el valle para anunciar allí el santo Evangelio.

Comentarios

1. Un día... recuerdas que inició tú "interés" por el mundo del dolor y del sufrimiento humano, probablemente porque había tocado tu ser, o el de alguien cercano a ti despertándote a una nueva realidad, difícil de afrontar, y al ponerte de pie frente a la vida, nuevos aprendizajes y lecciones de vida se fueron sumando a tu existencia.
2. Y comenzó tu búsqueda y con ella nueva información, estudios, talleres, cursos, congresos libros, diplomados, nuevos autores llegaron a tu vida, Kubler Ross, Robert Neymeyer, Carlos Bermejo, John Bowlby, Marco Gómez Sancho... Y seguramente muchos más, llegando a convertirte en todo un "experto" en duelo. Hablabas ya de etapas, fases, tareas, tipos de duelo, sugerencias etc. Las preguntas que te venías haciendo las ibas respondiendo, y surgían otras nuevas, una búsqueda que te invitaba a la profesionalización en el acompañamiento en el duelo.
3. El tiempo pasa, como dice la canción, y después vino aprender a esperar los ritmos propios de la vida, integrar las diferentes experiencias vividas, llevar lo aprendido a la vida cotidiana, discernirlo, asentarlo, invitación a la congruencia.
4. Ya para entonces eras consciente de que la escucha cura, desahoga al corazón liberándolo del dolor, de que la buena escucha tiene al menos tres características: a) empatía b) autenticidad; c) aceptación incondicional.

5. El “experto” se va humanizando con su experiencia de vida, sentido de realidad, sosteniendo su propia existencia, teniendo mayor apertura, autoconocimiento, desarrollo espiritual, contacto con la alegría genuina que nace del corazón.
6. Orar, hablar con Dios, el dueño de la vida, meditación, diálogo constante, apertura, reflexión sobre la vida y la muerte.
7. La práctica hace al maestro, el servicio, la constancia, la voluntad, la entrega, la disposición, el cuidado, el corazón en las manos.
8. El fruto del itinerario recorrido es la compasión, entendiéndola como sentir con, el sanador herido estará validado para acompañar en el duelo: su gafete, sus propias heridas cicatrizadas con el tiempo y lo que ha hecho en el tiempo.

Quiero

*Quiero que me oigas, sin juzgarme.
Quiero que opines, sin aconsejarme.
Quiero que confíes en mí, sin exigirme.
Quiero que me ayudes, sin intentar decidir por mí.
Quiero que me cuides, sin anularme.
Quiero que me mires, sin proyectar tus cosas en mí.
Quiero que me abracés, sin asfixiarme.
Quiero que me animes, sin empujarme.
Quiero que me sostengas, sin hacerte cargo de mí.
Quiero que me protejas, sin mentiras.
Quiero que te acerques, sin invadirme.
Quiero que conozcas las cosas mías que más te disgusten que las aceptes y no pretendas
cambiarlas.
Quiero que sepas, que hoy, hoy puedes contar conmigo.
Sin condiciones.*

*Quiero aprender
Quiero aprender a oírte sin juzgarte,
Quiero que me enseñes a opinar sin darte consejos,
Quiero aprender a confiar en mí sin exigirme,
Quiero enseñarte a ayudarme sin intentar decidir por mí
Quiero aprender a cuidarte sin anularte,
Quiero que me enseñes a mirarte sin proyectar cosas en ti,
Quiero que aprendas a animarme sin empujarme,
Quiero enseñarte a abrazarme sin asfixiarme,
Quiero aprender a sostenerte sin hacerte cargo de ti,
Quiero que me enseñes como protegerte sin mentiras,
Quiero aprender a acercarme a ti sin invadirte,*

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 63 (2013)

*Quiero que aprendamos a aceptar las cosas del otro que más nos disgusta, tanto como
para no pretender cambiarlas,
Quiero que hoy, después de lo aprendido yo de ti y tú de mí, seamos capaces de elegirnos
otra vez sin condiciones.*

Jorge Bucay